

La villa de Cieza Y SU COMARCA.

III

El río Segura.

Si las ligeras meditaciones que venimos haciendo, sobre la obra de la naturaleza en esta región, las concretamos a la corriente principal de sus aguas, al pródigo y encantador río Segura, con su necesario accidentado cruce, no podía sustraerse á análogas causas y efectos en su propio curso, á los que con carácter más general hemos examinado anteriormente; con algunas satisfactorias novedades, debidas á la laboriosidad de sus habitantes y á la organización de la propiedad, que le hacen variar del cansable y lastimoso estado de otros más extensos territorios y con mayores corrientes permanentes, que, casi intangibles, van á tributar al Mar, por recar los predios en engreidas y caprichosas manos muertas, que cifran su vanidad en esas inmensas posesiones incultas ó improductivas, por tradición ó mero capricho, con tanto perjuicio de la riqueza y bienestar públicos y aun de sus particulares intereses....

Pero volvamos á nuestro terreno, saliendo de este, que nos llevaría muy lejos.

Hemos visto á nuestro río Segura atacando y sorteando tan variados obstáculos, como á su marcha presentaba la configuración del terreno; hemos contemplado como se ha abierto y labrado su cauce ó canal entre aquellas alturas y estrechos en zizás ó alternantes ángulos entrantes y salientes, como jugueteando con su elástica masa, de uno á otro lado, cual beodo que va tegiendo la calle, con la cabeza alcoholizada, ya recibiendo suaves repulsas del prudente importunado, ya fuertes empujes del menos sufrido, ya resistencias violentas á sus furiosos ataques; ya vencido, ya vencedor; ya traicionero socabando el piso á su adversario para hacer falsear la base y derribarle por su propio peso y preparándose para acometerle en tierra; ya ante tan fuerte enemigo que, aunque encorbado y cabeceando, apoyó el pie en firme y se mantiene enhiesto; lo hemos admirado encajonado y comprimido por las más grandes angosturas, entre paredes y eminencias hasta de 150 metro de altura, ya risueño, ya receloso y murmurante, ya estrepitoso con furia infernal, ante formales resistencias; lo hemos sorprendido cual serpiente furiosa en contorsiones y giros horripilantes, mordiendo y golpeando á todo cuanto tocaba; lo hemos observado y comparado, en su efecto

general, entre los cultivos de sus vegas y las malezas y playas de sus márgenes, como reluciente y mansa culebra, con la cinta plateada de sus aguas, arrastrándose conlida y perezosa, resbalándose mansa y tranquila, con fáciles curvas, de ondulosa y normal marcha, girando su cuerpo anilloso sobre los guijeros y arenas y entre las bardas y légamos, con palmitos y dulces vaivenas que parecían caricias, arrullos ó arrumacos amorosos, borrando con sus besos y lamidos las arrugas y deformidades que otros mayores impetus de la corriente imprimieran en su tersa superficie; ya con su cilíndrico cuerpo deprimido por escasez de alimentos; ya con ensanchamientos nudosos, como ahito, indigesto y embarrizado por abundante comida; ya inflado por mayores afluentes á su líquida masa, rebasando los límites ordinarios y normales de sus paramentos con desbordamiento de inquietud y espumosa saliva, con erupciones y regurgitaciones expoliendo en baldomerías las substancias extrañas y molestas á su integridad, con daño y deterioro de su propia obra; lo hemos apreciado parado y remansado, contenido por ingeniosas y sólidas presas, que cortan de frente ó de soslayo su camino, escapando y cayendo las aguas sobrantes en cascadas que parecen de innumerables escamas desprendidas de la piel del figurado reptil, encauzándose obligadamente las mismas por el canal ó acequia que las desvía de su álveo ó madre, como resistiéndose á abandonar el regazo de ésta, para ganar la necesaria altura, con convulsiones de su propia masa, al principio, que parecen expresivas repulsas á su nuevo é independiente giro, que luego se trueca en perezosa y lenta marcha, la que aún á nivel casi parado, á fin de no perder masante, indica resultarle larga cuesta, ya para fertilizar nuevos suelos, poniendo fin á su tradicional esterilidad, ya para en gozosa y sonora caída con el encauzamiento obligado, volver precipitadamente á sus propios lares, en donde parece recibirse con fruición, entre contorsiones y remolinos, semejantes á las algaratas y festejos con los que se recibe, en su vuelta al hogar, al ser querido ausente, erigiendo con su potente y espumosa caudal esa fuerza y energía que hace girar rápidamente la serie de electroimanes del dinamo, de esa portentosa máquina, conquista de la moderna ciencia, que produciendo el rayo y dominándolo, lo encauza y lleva ingeniosamente, conduciéndolo sumiso á su voluntad por red de cables sostenidos por esos soportes rematados en cruz, cual gígones de otra redención por el progreso, transformando su mortífera corriente en fluido vivificante, ya para convertir

la noche en día, ya para sustituir al duro esfuerzo humano de la antigua esclavitud del hombre y á la penosa y lenta tracción animal, como fuerza motora de tanta y tanta industria que á diario se implanta y perfecciona, sino de cupo en su vida ser absorbido y aprisionado en férreo tubo, que impulsada, cual en arteria, por ese potente corazón que confeccionó la mecánica, con sus propios movimientos de contracción y dilatación, no es obligada á escalar y recorrer las partes superiores del cuerpo de la tierra para que con sus elementos nutritivos y fertilizantes dar vida y desarrollo á nuevas superficies exangües que las reciben con avidez y se asimilan en el acto sus substancias regeneradoras, en bienestar y prosperidad de la humanidad; hemos percibido sobrebrear sus claras aguas, con las borbotones y titilantes reproducciones de todos los objetos y accidentes de sus lados, cual ligeros ensayos fotográficos y reproducir con más perfección verdaderos retratos en el cristal de su cuerpo, azogado por las partículas metálicas de su fondo, ya en sus márgenes, ya sobre esas cómodas plataformas que pacientemente permite resbalar sobre su superficie, para acortar distancias y transitar sin bollarlo; ya lo hemos meditado, esparcido en red de innumerables derivaciones en la inmensa llanura de las vegas de Murcia y Alicante, que sus propios sedimentos formaron y acrecientan, distribuyéndolo con prodigalidad sus bienes y riquezas y recibiendo las alabanzas de tanto y tanta criatura como disfruta de sus beneficios; y, por fin, lo hemos seguido hasta terminar su curso, rindiéndole el obligado tributo de toda existencia á su respectiva tumba, confundido con la masa general del Océano y purificado en esencia con la hematosi de tan inmenso pulmón, alzarse otra vez en evaporación, como otra Ascensión santa, entrañada y brumas, para recibir en los cielos el beso del Creador, y descender sobre la tierra cual gránit divina, llevando consigo el alimento y bienestar de tanto ser, que la bendice con sus satisfacciones y agradecimientos, en esa admirable y armónica circulación de la Naturaleza, semejante en todo á la de un ser orgánico.

G. ARSENIO.

Del Día

IV

Terminábamos nuestro artículo

de el pasado número lanzando un anatema nacido de allí, de muy dentro de nuestra alma, al vicio en todas sus manifestaciones. Condenábamos sin piedad á todos los viciosos, sean de las clases sociales que fuesen, y hacíamos un llamamiento á todas las personas honradas, para que se agrupasen y evitaban la propagación y el desarrollo de el vicio, lo que origina que aumente de escandaloso modo el crimen, y que disminuya, con alarmante rapidez, la moralidad en las sociedades presentes.

¿Quién tiene la culpa de este estado de cosas y de individuos? ¿Quién? Pues la tenemos todos. Los altos, los de arriba por encerrarse en el «no me importa» y dejar hacer. Bien está que se *deje* hacer, pero *hacer* aquello que sea justo, que sea digno, que reporte utilidad á alguien, que beneficie aunque no sea más que al que *hace*; pero cruzarse los altos, de brazos, *dejándolo hacer* todo, es decir, todo no; porque se consiente que se haga lo malo, lo escandaloso, lo que enseña los caminos de la desvergüenza, del descoco; lo que enaltece al crimen y canta al robo y proclama la rebelión y ensalza el pillaje y escarnece á la ley y detesta á la autoridad y pide á voz en grito libertades mal entendidas, porque no son estas libertades otra cosa que actos *libertinos*, de hombres sin freno, demasiado *libres*.

Los gobernantes tienen la culpa de que el vicio tenga émulos y secuaces, y de que cada día que pasa engrosen y crezcan, aumenten y se multipliquen los ejércitos escandalosos de Baco y de Venus, ejércitos más bárbaros que los de Atila, pues aquellos sembraban el luto y la destrucción á su paso, en las cosas materiales, en las personas, en las haciendas; pero estos ejércitos del presente siembran la desolación y la ruina en vidas y propiedades, al par que en honras y honores. Lo más sagrado, ante estos furiosos salvajes, está sujeto á sus volcánicos instintos y brutales ideas. Las mujeres, que desde los primeros siglos de nuestra Era, fueron miradas, como lo